



G. Staal del.

Sup. P. 1. *Madame de Caylus, née de Montesquiou, Paris.*

P. Girardet sc.

MADAMA

DE CAYLUS

Y DE LO QUE SE LLAMA

URBANIDAD

He tenido á menudo ocasion de hablar de esa edad venturosa de la lengua y del gusto que, entre nosotros, corresponde á fines del siglo xvii y principios del xviii; quando despues de la aparicion de las obras más grandes y con el trato de los mejores y más amables ingenios, era extremada la delicadeza, y la corrupcion (así llamo á la pretension) no habia llegado todavía. Hoy quisiera mostrar ese momento perfecto en una persona agradable y distinta que nos lo pintó con vivacidad y gracia, y que sólo pintó eso. Fácil sería encontrar ejemplos más grandes que el de madama de Caylus, la cual ha escrito muy poco, y aun eso por ocasion; pero esos ejemplos probarian otra cosa, alguna cosa más de la que yo tengo á la mira, y la delicadeza cuya idea quisiera dar se complicaria en cierta manera con el talento mismo del escritor. Aquí, al contrario, deteniéndonos un instante con esta persona de pluma tan delicada y tan ligera, nada nos distraerá

del punto que deseo indicar ante todo, y que los que la conocian mejor designaban, mostrándola, con el nombre de *urbanidad pura*.

Madama de Caylus era sobrina de madama de Maintenon, sobrina á la moda de Bretaña. El gran Aubigné del siglo xvi, el escritor guerrero, el calvinista turbulento, este compañero atrevido y mordaz de Enrique IV, habia tenido un hijo y dos hijas: madama de Maintenon era la hija del hijo, madama de Caylus, la nieta de una de las hijas. El padre de madama de Caylus, el marqués de Villette, distinguido oficial de marina que ha dejado escritas unas *Memorias*, parece habia heredado alguna cosa de su abuelo respecto al valor y al talento. La misma madama de Caylus no dejó de tener algo de este gran bisabuelo suyo: con su gracia de mujer y su aire angelical tiene el ingenio acerado, vivo y mordaz; es un Hamilton femenino. No parece ocupada al principio más que en los placeres, las diversiones y las bagatelas de la sociedad; pero no se crea por eso que sea una mujercilla. Su espíritu es claro y firme, observador y sensato; es tambien, como el de madama de Maintenon, sólido; pero en ella la solidez se disimula bajo la flor. Sin embargo, el fondo lo percibe el que lo busca, y despues de haber vivido algun tiempo cerca de ella, dice uno que todavía nada hay comparable á una raza fuerte cuando se mezcla en ella la gracia para coronarla.

La señorita Margarita de Villette-Murçay nació en el Poitou en 1673, y á la edad de siete años fué *arrebata* del seno de su familia por madama de Maintenon. El Rey convertia entónces á los hugonotes de su reino de grado ó por fuerza, y madama de Maintenon, imitando su ejemplo, habia tomado tambien sus medidas para convertir á su propia familia. La jóven Margarita fué pues arrebatada mientras su padre se hallaba en el mar. Una tia, hermana de su padre, ayudó á este raptó encaminado á tan buen fin. Es menester oír contar esta primera aventura á la misma madama de Caylus: « Apénas hubo salido » mi madre de Niort, cuando mi tia, acostumbrada á cambiar de religion y que acababa de convertirse por segunda ó tercera vez, partió » por su lado y me condujo á Paris » En el camino encuentran otras

jóvenes de alguna más edad que ella, y que reclamaba tambien madama de Maintenon para convertirlas. Estas jóvenes, decididas á la resistencia, quedan tan asombradas como afligidas al ver conducida así sin defensa á la señorita de Murçay:

« Por mi parte, dice esta, contenta de ir sin saber adónde me » llevaban, no lo estaba yo (afligida ni asombrada) de nada... Llegámos » juntas á Paris, donde madama de Maintenon vino en seguida á » buscarme y me llevó sola á Saint-Germain. Al principio lloré » mucho; pero al siguiente dia me pareció tan bella la misa del Rey, » que consentí en hacerme católica con la condicion de que la oiria » todos los dias y no me habian de dar azotes. Esa es toda la contro- » versia que se empleó conmigo y la única abjuracion que hice. »

Al oír el tono con que madama de Caylus cuenta estas cosas reputadas tan importantes, no puede uno ménos de preguntarse qué es lo que piensa de ellas en el fondo. ¿Pero acaso lo sabe ella misma? Como sucede á madama de Sévigné, prevalecen en ella su espíritu y su genial; la verdad se le aparece bajo un aspecto halagüeño y la cuenta alegremente.

Entre tanto, madame de Maintenon la educa de la manera que sabe hacerlo, esto es, con gusto, exactitud y perfeccion. Todas esas gracias negligentes y un tanto ligeras que habrian corrido riesgo de emanciparse sobrado presto y complacerse en las aventuras, van á moderarse y perfeccionarse, y á su debido tiempo reaparecerán. La casaron á la edad de trece años (1686), y bastante mal. Este fué uno de los actos de modestia de madama de Maintenon, pues casó medianamente á esta preciosa sobrina, solicitada por los partidos más brillantes. Madama de Maintenon está llena de estos refinamientos de modestia y desinterés que tienen por objeto la consideracion y la gloria: aquí la pobre niña pagó los gastos de las virtudes de su tia. El marido que le dieron, M. de Caylus, muy comun por lo que respecta á la fortuna, era por otros conceptos de los maridos ménos dignos. Cuando murió en Flándes (noviembre de 1704), « dió gusto á todos los suyos; estaba extenuado, alelado muchos años hacia por el vino y el aguardiente, »

y tanto en invierno como en verano le tenían en la frontera con orden de que no se acercara á su mujer ni á la Corte. Á un hombre semejante, y que tanto prometia, es á quien madama de Maintenon, por rigidez de principios y prefiriéndole á cualquiera otro, creyó deber dar una jóven que habia educado con tanto esmero y de quien hacen descripciones encantadoras todos los testigos :

« Jamas, exclama Saint-Simon, hubo fisonomía tan animada, tan interesante, tan expresiva, jamas frescura semejante, jamas tantas gracias ni más talento, jamas tanta alegría y diversion, jamas criatura más seductora. »

Y el abate de Choisy que la vió entonces y despues, y que cultivó su amistad en todas las edades, nos dice :

« Los Juegos y las Risas brillaban á porfía en derredor suyo : su ingenio era todavía más amable que su rostro ; no tenía uno tiempo de respirar ni de aburrirse cuando ella estaba en alguna parte. Todas las Champmeslés del mundo no tenían ninguno de esos tonos embelesadores que dejaba escapar cuando declamaba ; y si su gracia natural la hubiese permitido suprimir ciertas monadillas que toda su inocencia no podia justificar, habria sido una persona cabal. »

Á propósito de esta comparacion con la Champmeslé, hace falta recordar que madama de Caylus representó á *Esther* en Saint-Cyr y que desempeñó su papel con más lucimiento que lá célebre cómica misma. No habia sido educada en Saint-Cyr, pues habia venido muy temprano para eso ; pero vió sus comienzos, y un dia que Racine recitaba á madama de Maintenon las escenas de *Esther* que por entonces estaba componiendo para esta casa, madama de Caylus se puso á declamarlas tan bien y con voz tan patética, que Racine suplicó á madama de Maintenon pidiera á su sobrina que representara en ella. Para esta misma compuso el prólogo de *la Piedad*, por donde preludeaba ; pero madama de Caylus, una vez empeñada en ello, no se atuvo á este prólogo, sino que representó sucesivamente todos los personajes, sobre todo el de *Esther*. No tenia más que un defecto, y era que lo hacia demasiado bien, que conmovia demasiado el corazon con ciertos

acentos : « Continúan representando á *Esther*, escribía madama de Sévigné á su hija (11 de febrero de 1689) : madama de Caylus que reemplazaba á la Champmeslé, no representa ya ; lo hacia demasiado bien, era demasiado tierna : no se quiere más que la sencillez enteramente pura de estas pequeñas almas inocentes. » Madama de Caylus pasa por haber sido la última persona, la última *actrix* que haya conservado la declamacion pura de Racine, el grado de cadencia y de canto que convenia á este verso melodioso, hecho ex profeso para el órgano de una Caylus ó de una La Vallière.

Ya se comprende lo que he querido decir cuando he hablado de esa perfeccion de cultura y de gusto en una persona que á la edad de quince años vió nacer á *Esther*, que respiró su primer perfume y se penetró tan bien de su espíritu que parecia añadia á él alguna cosa con la emociion de su voz.

No tuvo madama de Caylus solamente en la voz esta emociion con todos los sentimientos que revelaba y que estaban prontos á manifestarse. No es su vida la que tengo que contar aquí, y ella misma apenas ha hablado en sus *Recuerdos* de lo que se refiere á su persona. Pero Saint-Simon nos ha informado sobre el particular, como sobre tantos otros puntos, y de tal modo que nada deja que desear. Por sus agudezas incisivas ; por sus vivacidades de espíritu y de corazon y por su intimidad con el duque de Villeroy, madama de Caylus mereció ser desterrada de la Corte á la edad de diez y nueve años. Fué desterrada de ella una vez y quizas dos, tanto que no permaneció ménos de trece ó catorce años alejada y como en penitencia. Al principio se consoló viviendo en París en compañía de las personas de grande ingenio que allí habia, y conoció entre ellas á La Fare que compuso para ella sus más lindos versos ; puso casa y recibió á sus amigos. Sin embargo, fuera tedio, fuera capricho. o recuerdo de *Esther*, cierto dia comenzó á inclinarse á la devociion, y á una devociion poco cómoda : habia tomado por director al Padre de La Tour, hombre de mucho talento, poco complaciente, y que es muy conocido como General de la Congregacion del Oratorio. Pero este Padre a tenido por jansenista, y ma-

dama de Maintenon, en su sentido estricto y siempre inclinado á la consideracion útil, hubiera preferido que su sobrina estuviera sin director más bien que con ese que era sospechoso para la Corte. Se dió tan buena maña que madama de Caylus, viuda y jóven, se separó insensiblemente del director al mismo tiempo que de la austeridad y volvió á sus hábitos mundanos. El 10 de febrero de 1707 apareció de nuevo en Versalles, en la cena del Rey, « bella como un ángel (1) ». No hacia ménos de trece años, dicen, que no habia visto al Rey; pero á fuerza de talento, de agrado y de destreza, lo reparó todo y el largo eclipse fué considerado como nulo. Aplacó y reconquistó á su tia, llegó á serle necesaria, presto tomó parte en todas las familiaridades y todas las interioridades, y su valimiento aparente era bastante completo, hácia 1710, para que le dirigieran algunas malas coplas satíricas que los curiosos pueden buscar en la Recopilacion de Maurepas. Madama de Caylus permaneció en Versalles hasta la muerte de Luis XIV (1715); dejada á un lado entónces como persona de la antigua Corte, volvió á habitar en París en una casita que formaba parte de los jardines de Luxemburgo. Allí vivió medio retirada del mundo, viendo á sus amigos y al duque de Villeroy hasta el fin, teniendo con frecuencia á su lado á su hijo el conde de Caylus, hombre original y filósofo, dando cenas á las personas de distincion y á los sabios, y mezclando á la vez la devocion, el bien parecer, la libertad de espíritu y las gracias de la sociedad, en esa perfecta y algo confusa medida que correspondia al siglo precedente. Murió el mes de abril de 1729, á la edad nada más que de cincuenta y seis años.

Los retratos que hay de ella en su juventud corresponden bien

(1) « En fin, señora, vuestra madama de Caylus ha vuelto á presentarse en la Corte, no sin alguna confusion suya y mia, pero ha sido muy bien recibida. » Madama de Maintenon es quien escribe eso á madama des Ursins el 13 de febrero de 1707. Madama Des Ursins habia abogado siempre por madama de Caylus, por la linda amiga á quien llama « una de las personas más hechiceras del mundo. » Estas cartas de madama de Maintenon y de madama des Ursins hablan mucho de madama de Caylus.

á la idea que han dado de su belleza Saint-Simon, el abate de Choisy y madama de Coulanges. Sea en traje de mañana, sea en el de Corte ó en el de invierno, aparece fina, delgada, alta, noble, elegante y bonita; de una estatura elevada y que tiene enteramente aire muy distinguido; de rostro algo redondo, rostro angelical en que la dulzura se alía á la malicia, boca delicada en que la ironía retoza fácilmente, ojos hermosos en que brillan el agrado y el talento, en todo la gracia y la distincion misma. ¿ Qué más diré aun? á ese rostro le basta escoger y será alternativamente *Esther* ó *Celimena* (1).

Respecto á los testimonios directos de su ingenio, se encuentran en el tomo de su Correspondencia con madama de Maintenon y en sus *Recuerdos*. Este librito de los *Recuerdos*, publicado en 1770 con notas y un prefacio de Voltaire, nos parece nada hoy porque todas estas anécdotas están en circulacion desde entónces y se han aprendido de memoria sin recordar de dónde provienen; pero ella es la primera que las ha contado tan bien. Este librito es del género de las Memorias de la reina Margarita y de algunas páginas históricas de madama de La Fayette; es *la obra de una tarde*. No se ve en él ningun esfuerzo: *no se ha esforzado*, decian de madama de Caylus. Su pluma corre con abandono, con negligencia; pero estas negligencias son las mismas que hacen la facilidad y el encanto de la conversacion. No exijáis de ella más que una serie rápida de retratos y bosquejos; pero es sobresaliente en ellos. Esta pluma ligera lo toca todo á punto; toma en cada

(1) Su salud se desmejoró temprano, su talle se echó á perder, y no obstante su persona conservaba todo su agrado. « Madama de Caylus es la vieja más bonita que conocéis; tiene con frecuencia esos hermosos colores que le habéis visto y en esos momentos es tan linda como haya podido ser nunca; por lo demás, es más delicada que yo, no se viste ya, está casi siempre en la cama y amenazada de males muy graves. » (Carta de madama de Maintenon á madama Des Ursins, 18 de setiembre de 1713.) — Siento decir que, siendo jóven aun, tomaba tabaco: « Por lo que hace al tabaco, no hablo de ello, aunque me parezca horrible: no puedo soportarlo ni aun en la linda nariz de madama de Caylus; quiero creer que le ha mandado tomarlo su director para hacerla ménos amable. » (Madama Des Ursins á Madama de Maintenon, 22 de febrero de 1707.)

persona el rasgo dominante y se apodera sólo de lo que es menester hacer ver en cada uno. Madama de Maintenon está pintada al natural, con sus cualidades, pero sin lisonja, y hasta se podría descubrir acá y allá entre la alabanza algun rastro de malicia. Luis XIV está retratado con rasgos exactos y claros que le muestran sin exageracion y con todas sus ventajas en la vida habitual : se percibe perfectamente en él al rey digno de esa grande época en que se pensaba y se hablaba tan bien. Madama de Montespan, que tenía tanto atractivo y un género de ironía peculiar, se habia imaginado que podría gobernar al Rey porque se creía superior á él en talento. Veamos cómo disminuye madama de Caylus esa supuesta superioridad que no es más que momentánea :

« El Rey no sabía quizás discurrir tan bien como ella, aunque » hablara perfectamente bien. Pensaba exactamente, se expresaba con » nobleza y sus respuestas ménos preparadas contenian en pocas pala- » bras todo lo mejor que habia que decir segun los tiempos, las cosas » y las personas. Tenía mucho más que su manceba ese talento que da » ventaja sobre los demas. Sin prisa siempre para hablar, examinaba » los caracteres y los pensamientos; pero como era cuerdo y sabia » cuánto suelen pesarse las palabras de los reyes, guardaba á menudo » en sí mismo lo que su penetracion le habia hecho descubrir. Si se » trataba de hablar de negocios importantes, se veía á los más hábiles » é ilustrados asombrados de sus conocimientos, persuadidos de que » sabía más que ellos y maravillados de la manera como se expresaba. » Si era menester chancearse ó se dignaba contar un cuento, lo hacía » con gracias infinitas y en un estilo noble y delicado que no he visto » más que en él. »

Hé ahí cómo hablaba Luis XIV y cómo ocupaba todavía su rango de rey en ese siglo del talento. Añadid á esta página de madama de Caylus una *Conversacion* en el sitio de Lila, que nos ha referido Pellisson, y comprenderéis la faz, si me es permitido decirlo, literaria de Luis XIV, cuán excelente y real todavía era la lengua, cuando él la hablaba, por su sentido y por su giro. Sin lisonja, y si se atiende solamente á la plenitud y precision de los términos en lo ordinario del

discurso, habria sido él uno de los primeros académicos de su reino.

La observacion de madama de Caylus es recta y pronta; va al fondo de los caracteres sin que lo parezca. Si necesita pintar á la señorita de Fontanges con su belleza y su género de tontería romántica y hacer sentir cómo el Rey, aun cuando ella hubiese vivido, no habria podido amarla largo tiempo, todo eso lo dice en dos palabras : « Se acostumbra uno á la belleza, pero no á la tontería inclinada hácia el lado de lo falso, sobre todo cuando se vive al mismo tiempo con personas del talento y del carácter de madama de Montespan, á quien no se le escapaban las menores ridiculeces y que tan bien sabia hacérselas sentir á los demas con ese giro único que pertenece á la casa de Mortemart. » Y sin embargo, esa misma señorita de Fontanges, esa belleza tan vana y tan tonta, dió un dia una leccion á madama de Maintenon que la exhortaba con su seca rectitud á que se curara de una pasion que no podía hacer su felicidad : « Me decis, la respondió, que renuncie á una pasion como si me dijeseis que me mude de traje. » Esta muchacha sin talento estaba iluminada en aquel instante por su corazon.

Lo que á primera vista distingue á todos estos retratos de madama de Caylus, es la delicadeza, pues el vigor y la firmeza que hay en su fondo no se dejan percibir sino al traves de un velo; pero hay momentos en que la palabra verdadera se abre paso y en que estalla la expresion viva. *La impudencia* de madama de Montespan que se envaletona con sus preñeces sucesivas, la *bajexa* de los Condés que ambicionan aliarse al Rey por todas sus ramas bastardas, todos estos rasgos están tocados satrevidamente y como cumple á la nieta de Aubigné. Habiendo casado el Rey al duque de Maine, hace á este príncipe reconvencciones sobre su mujer que le está arruinando; pero « viendo al fin que sus advertencias no sirven más que para hacer sufrir interiormente á un hijo á quien ama, toma el partido del silencio y le *deja pudrirse* en su ceguedad y su debilidad. » En todos estos tonos no hay nada de afeminado. Se siente, aun leyendo á estas mujeres tan cortesas, que Molière asistió no ménos que Racine con su genio á su nacimiento, y que no anda léjos Saint-Simon.

Podría, si quisiera, hacer la enumeracion de las gallardías de madama de Caylus que nos la mostrarian, si bien en un género más suavizado, cual verdadera hija, no obstante, de madama de Sévigné. Sabe cambiar de tono apénas hace falta y proporcionar su toque á los personajes : « La señorita de Rambures tenía el estilo de la familia de los Nogent á la cual pertenecia su señora madre : era viva y atrevida, y poseía todo el talento necesario para agradar á los hombres sin ser bella. Atacó al rey y no le desagradó... » Así es como se habla cuando se sabe decir todo; y al lado de este, ¡qué retrato tan acabado en dos líneas! « La señorita de Jarnac, fea y enfermiza, no ocupará mucho lugar en mis *Recuerdos*. Vivió poco y tristemente; tenía, segun decian, una bella tez para alumbrar su fealdad. » Es menester ser Hamilton ó mujer para encontrar rasgos como ese. « Tenía con qué ser mala », ha dicho Saint-Simon de madama de Caylus. Los entendimientos penetrantes y veraces se hallan muy embarazados con el papel que representan en este mundo; si dicen lo que ven y lo que es, se exponen á pasar por malos. Madama de Caylus no era más que un pintor verdadero que no podia prescindir, aunque rápidamente, de percibir los objetos al natural, ya fuera este objeto la señorita de Jarnac con su fealdad en medio de tan bella claridad, ya fuera la encantadora señorita de Lowenstein, con su « talle de ninfa al cual daba mayor realce una cinta de color de fuego. » Toda esta serie en que nos muestra el escuadron de las doncellas de honor de la Delfina, y en general la fila de las damas de la Corte, se parece á una galeria de Hamilton : es la misma fecha, la misma finura de pincel y la misma causticidad delicada y á veces cruel. Madama de Caylus es maestra á su manera en el arte de esa ironía continua de que habla, y que las mujeres extranjeras de más vivo ingenio y más naturalizadas entre nosotros no siempre perciben bien. La duquesa de Borgoña, venida de Saboya, aunque tan francesa por muchos conceptos, no podia habituarse á él, y así es que algunas veces solia decir á madama de Maintenon : « ¡Tia mia, aquí se burlan de todo y de todos! »

¡Había en efecto tantas cosas de que burlarse! Las anécdotas de

madama de Caylus son pequeñas escenas que dejan á veces una impresion indeleble por lo chistosa. ¿Queréis asistir á una de esas escenas en que M. de Montausier, ó el mismo Bossuet figura en un papel jocoso? Era la víspera de una semana santa ó de un jubileo, y el Rey que en el fondo tenía religion quiso destetarse de madama de Montespan, la cual tambien la tenía á su manera. Con este motivo los dos amantes se separaron y cada cual por su lado lloró sus pecados. Pero dejemos conversar á madama de Caylus en esta relacion inimitable :

« Concluido el jubileo, ganado ó no ganado, suscitóse la cuestion de saber si madama de Montespan habia de volver á la Corte : « ¿Por qué no? decian sus parientes y amigos, hasta los más virtuosos (tales como M. de Montausier). Madama de Montespan, por su nacimiento y por su cargo debe estar en ella, y puede vivir tan cristianamente como en otra parte. » El señor obispo de Meaux (Bossuet) fué de este parecer. Pero aun quedaba una dificultad : madama de Montespan, añadian, ¿podrá presentarse ante el Rey sin preparacion? Sería preciso que se vieran ántes de encontrarse en público, para evitar los inconvenientes de la sorpresa. Admitido este principio, se concluyó que el Rey iria á casa de madama de Montespan; pero, para quitar hasta el menor pretexto á la maledicencia, se convino en que algunas señoras respetables y de las más graves de la Corte asistirían á esta entrevista y que el Rey no veria á madama de Montespan sino en su presencia. El Rey vino pues á casa de madama de Montespan como se habia decidido, pero insensiblemente la fué llevando hácia una ventana; se hablaron callandito largo tiempo, lloraron y se dijeron lo que se acostumbra decir en casos semejantes; en seguida hicieron una profunda reverencia á estas venerables matronas y pasaron á otro cuarto; despues vino la señora duquesa de Orleans y en seguida el conde de Tolosa. »

Fueron los dos últimos de los siete hijos que tuvo el Rey con madama de Montespan :

« No puedo, añade madama de Caylus, dejar de decir aquí una idea que se me ocurre : me parece que se ven todavía en el carác-

» ter, la fisonomía y toda la persona de la señora duquesa de Orleans
» huellas de este combate del amor y del jubileo. »

Se asegura que hay aquí un pequeño error de madama de Caylus, la cual se ha equivocado en un año, y que la escena de la reconciliación de que se trata tuvo lugar después de la semana santa de 1675, y no con motivo del jubileo que no se celebró hasta el año siguiente. ¿Y qué nos importa que el jubileo fuera un año antes ó después? lo esencial es que se le encuentra luego en la fisonomía de esta hija del Rey y de madama de Montespan. Pero, dígame, ¿hubo jamás modo de contar más vivo, más alegre, más atrevido, más imprevisto y más natural? Nada está de más ni de menos. ¡Y qué bien pintado está todo, qué bien se graba y qué poco se insiste en ello!

Esto nos conduce al examen de una cuestión que ha sido tratada ya y en la cual se encuentra mezclado el nombre de madama de Caylus desde el origen. ¿Qué es la urbanidad y en qué consiste propiamente? ¿Está toda ella en la precisión y brevedad de un buen dicho? ¿está sobre todo en la ironía, en el modo de chancearse y en la jovialidad, ó es menester buscarla aun en otra cosa? Un abate, hombre sabio y de talento, el abate Gédoyne, el mismo que tradujo á Quintiliano y que lo tradujo tanto mejor cuanto que estuvo bien con Ninon (el haber estado bien con Ninon siempre sirve por lo menos para el buen gusto), el abate Gédoyne, decimos, ha tratado esta cuestión de la urbanidad, y ha terminado su amena y docta Memoria uniendo á ella un *Elogio* de Madama de Caylus, haciendo notar que de todas las personas que había conocido, no había ninguna que expresara de una manera tan viva lo que él concebía por esta palabra *urbanidad*. Veamos pues lo que para el amable abate significaba esta palabra, pues no por eso dejamos de ocuparnos siempre de madama de Caylus.

Segun el abate Gédoyne, la *urbanidad*, esta palabra enteramente romana, que en su origen no significaba más que la dulzura y la pureza del lenguaje de la ciudad por excelencia (*Urbs*), por oposición al lenguaje de las provincias, y que era propiamente para Roma lo que el aticismo para Atenas, esta palabra, decimos, llegó á expresar

presto el carácter de cortesía que no consistía solamente en el hablar y en el acento, sino también en el ingenio, el modo y todo el porte de las personas. Luego con el uso y el tiempo, llegó á expresar más aun y á no significar meramente una calidad del lenguaje y del ingenio, sino también una especie de virtud y de calidad social y moral que hace á un hombre amable entre los demás y que embellece y asegura el trato de la vida. En este sentido completo y agradable, la urbanidad requiere una índole bondadosa ó suave, aun en la malicia. La ironía se aviene con ella, pero ha de ser una ironía que nada tenga que no sea amable, á la que se ha dado tan bien la definición de *Sal de la urbanidad*. Tener urbanidad, como la entiende Gédoyne, es tener *costumbres*, no costumbres en el sentido austero, sino en el sentido antiguo: Horacio y César las tenían. Tener costumbres en este sentido delicado, que es el de las personas honestas, es no creer tenerlas más que nadie, es no predicar ni injuriar á nadie en nombre de las costumbres. Los entendimientos rudos, agrestes y fanáticos, se hallan excluidos de la urbanidad; el crítico acrimonioso, por exacto que sea, no puede pretender á ella. Tampoco los espíritus tristes son comprendidos en ella, pues en toda urbanidad hay un fondo de alegría y jovialidad, hay sonrisa. Si se consideran las precauciones extremas que tomaban los antiguos para dar á sus hijos, desde el pecho de la nodriza, ese tacto fino y ese sentido exquisito, choca la diferencia con la educación moderna. « Cuando se ve en las obras de Ciceron y otras, particularmente en las de Quintiliano, ha notado un espíritu eminente (Bolingbroke), el esmero, las fatigas, la aplicación continua que concurrían á formar los grandes hombres de la antigüedad, se admira uno de que no hubiese habido más; y cuando se reflexiona sobre la educación de la juventud de nuestros dias, se admira uno también de que se forme un solo hombre capaz de ser útil á la patria. » Este dictámen que parecerá muy severo si se le hace extensivo á toda la educación, es evidente aplicándolo solamente á la urbanidad. Si se compara con respecto á este punto la educación de nuestros dias con la de los antiguos, se queda uno muy sorprendido de que subsista todavía entre nosotros

algo de la palabra y de la cosa. Á fines del siglo xvii, es decir en el momento más bello de nuestro pasado, se manifestaban ya quejas, y eso que era la edad de oro de la urbanidad. Pero las mujeres entónces, con esa facilidad natural que en todos tiempos las distingue, consiguieron aun mejor que los hombres ofrecer modelos perfectos de lo que buscamos y cuyas semillas estaban como difundidas en el aire que se respiraba. En ellas, entre las que escribieron, es donde más seguramente se encontrarían testimonios de esa familiaridad decente, de esa jocosidad fina y de ese desembarazo, para decirlo todo, que llenaba tanto mejor las condiciones de los antiguos, cuanto que ellas mismas no pensaban en ello. « Todo lo que es excesivo desdice necesariamente y todo lo que es forzado no puede tener gracia. » Eso es lo que decían los Quintilianos y Gédoyns, y eso es lo que ratifican las páginas sencillas de madama de Caylus. El abate de Gédoyne lo conoció tan bien (y es su honor), que habiendo terminado su Memoria con una especie de cumplido para los académicos ante quienes leía, se apresuró á añadir una posdata y á indicar con el dedo á madama de Caylus como ejemplo más concluyente y *documento justificativo*.

El *Elogio* suyo, impreso á continuacion de esta Memoria de Gédoyne y que es debido á la pluma de un tal M. Rémond (uno de esos perseguidos delicados que no han dejado más que algunas líneas) (1), nos la muestra bajo un aspecto nuevo, aun despues de los elogios de Choisy y de Saint-Simon. Se la ve en él bella largo tiempo, agradable siempre, uniendo las galas del ingenio de una madama de La Sablière con la solidez del fondo de una madama de La Fayette, de conversacion diversa y oportunamente sazónada, ora seria, ora festiva, hasta no

(1) Voltaire maltrató mucho á este M. Rémond en la Carta que escribió sobre Ninon (*Misceláneas literarias*), y se armó contra él de alguna burla de Ninon misma, cuyo alumno pretendia ser Rémond. El abate Fraguier, hombre de gusto, ha celebrado mucho á Rémond en sus Poesías latinas; se asegura que hablaba ménos bien de él en prosa. Lo único que yo puedo decir es que el *Elogio* de madama de Caylus me parece muy delicado.

aborreciendo los placeres de la mesa y redoblando en ella sus chistes y presidiéndola como la Helena de Homero :

« Madama de Caylus, nos dice en este punto M. Rémond, *llevaba más léjos que Helena*; derramaba una alegría tan dulce y viva, un gusto de voluptuosidad tan noble y elegante en el alma de sus convidados, que todas las edades y todos los caractéres parecían amables y felices. ¡ Tan sorprendente es la fuerza ó más bien la magia de una mujer que posee verdaderos hechizos! »

Quizas en esta palabra *hechizos* y en esta comparacion con Helena habria motivo para asustarse al pronto y tomarla en mal sentido, si no se supiera que este retrato de madama de Caylus fué trazado en sus últimos años y cuando ya habia pasado su juventud, y que todo se refiere en él al encanto del ingenio. Así es como debe entenderse este otro pasaje del *Elogio*, donde se dice : « Desde que se habia hecho conocimiento con ella, se dejaban insensiblemente las mancebas, porque comenzaban á agradar ménos, y era difícil vivir en su sociedad sin llegar á ser su amigo ó su amante. » Estas expresiones vivas del pintor platónico no tienen otro objeto que el de expresar mejor esa alegría del alma y esa pura embriaguez de la gracia que se experimentaba naturalmente cerca de ella.

Pues bien, volviendo otra vez más á la conclusion de Quintiliano interpretada por Gédoyne, facilidad, discrecion, delicadeza, no insistir demasiado y no exagerar nada, son ciertamente las condiciones de la urbanidad, pero todo eso no es nada sin cierto espíritu de alegría y de bondad que anime el conjunto : *es propiamente un hechizo*, ha dicho La Fontaine.

No insistiré en querer demostrar más largamente aun estas gracias ligeras de la autora en el librito de los *Recuerdos* inacabado, pero tan deleitable y tan galantemente concebido que cada cual puede volver á leerlo; en él se refrescará la memoria de cosas sabidas y sobre todo se cobrará de nuevo afición á esa manera de decirlo todo como de paso. En el arte de retratar, y como quien no piensa en ello, madama de Caylus es un maestro. Pero donde pido que se me permita seguirla

aun, es en su Correspondencia con madama de Maintenon. Esta Correspondencia se remonta al tiempo en que madama de Caylus, jóven y linda viuda, despues de perder su valimiento, residia en París ántes de su vuelta á Versáles. Madama de Maintenon le dirige acerca de su conducta consejos sensatos, pero tan estrictos y secos, que darian ciertamente ganas de faltar á ellos si se le dirigiesen á uno. Madama de Caylus no faltó ni obedeció sino á médias. Cuando ya habia regresado á Versáles, se la ve desplegar en sus cartas (ó más bien sus esquelas escritas de un aposento á otro) toda la gracia y gentileza que tiene para aplacar, distraer y divertir á su tia. Madama de Maintenon, mujer de ingenio tan ameno, tenía un fondo serio, triste y hasta austero; habia amontonado tesoros de fastidio divirtiendo á los demas y habia secado su alma agradando desde su juventud á otros más grandes que ella. Por eso en cuanto se hallaba sola, disfrutaba ante todo de la soledad como de un solaz y un reposo. Madama de Caylus procuraba por todos los medios tener libre entrada cerca de su tia en estos raros momentos, y la hurgaba y atormentaba con todo respeto para ponerla de buen humor: « No sé lo que dirá la Academia de la palabra *acoquinar*, pero yo siento toda su energía con vos », la dice. Se llama la *Superintendente de sus placeres* y se queja de que el cargo decaía en sus manos. Madama de Maintenon habia llegado á ser indispensable al rey y á toda la familia real que no la dejaba un momento de respiro. Hasta cuando el rey trabajaba con sus ministros era menester que estuviera presente. ¡ Oh! ¡ cuánto hubiera deseado madama de Caylus, aun en estos momentos, sentarse risueña y muda junto á su tia! « Quien no os ve, no goza nada, la escribia. Siento pues infinito no poder compartir con vos *la espalda de M. Peletier*. » Sin duda se refiere á M. Le Peletier de Souzy: era un director general y un consejero de Estado que trabajaba una vez por semana con el Rey. Otro dia tiene envidia de *Fanchon*, la camarera: « ¡ Por qué no he de poder insinuarme tomando su forma durante la ausencia *de la espalda de M. Pontchartrain!* » M. de Pontchartrain, uno de los secretarios de Estado, era, segun parece, uno de los ménos entretenidos.

En fin, para hacerse admitir y aceptar, se empequeñece, se anonada, y, si pudiera, se disfrazara bajo la forma de un deber ó de un fastidio, pues conoce que así es como aun tendria más probabilidades de penetrar. Hé aquí una de sus más lindas cartas donde habla de sí misma tomando el nombre de *sobrinita*, y donde reclama de su tia en todos los tonos el favor de verla algo más frecuentemente.

« Reflexiono acerca de vuestra semana y no puedo encontrarla
 » bien ordenada como no haya algo más de *sobrinita*: ¿ por qué no
 » la habéis de querer alguna vez con la pequeña familia? Estaria en
 » el juego tan embobada como vos quisierais; ¡ trabajaria tan juicio-
 » samente! ¡ escucharia la lectura ó leeria con tanto gusto! En fin, y
 » quizas sea eso lo mejor para hacerla recibir, á la menor señal se iria.
 » Si queréis dejarla en el mundo, os asegura sin hipocresía que volverá
 » á encontrar para él aun más tiempo del que la hace falta; no ve en
 » definitiva más que á las cabalas (*llamaba así á su camarilla familiar,*
 » *á madama Dangeau, madama de O, etc.*) á quienes ve bastante con
 » vos, ó á sus mariscales de Francia que no la deleitan hasta el punto
 » de no poder prescindir de ellos; teme á los ministros y no quiere á
 » las princesas; si es su reposo lo que deseáis, no lo encuentra más
 » que con vos; si es su salud, allí encuentra su régimen y su comodidad;
 » en una palabra, todo lo encuentra con vos y nada sin vos. Despues
 » de esta sincera exposicion, ordenad, pero no *como Neron*. »

Este término *Neron* lo repite á menudo para expresar festivamente esa costumbre de rehusar de madama de Maintenon, inexorable en las privaciones que imponia á los demas como á sí misma (1). Un dia la envió madama de Caylus una pequeña rueca; pues, no obstante ser reina á médias, madama de Maintenon se complacia en hilar con sus propias manos: era una rueca de sencillez y modestia añadida á tantas otras. Pero véase con qué lindas palabras acompaña y envuelve madama de Caylus su rueca al enviarla:

(1) Es ciertamente una alusion al Neron de Racine en *Britannicus*, y á este verso que halla aquí su festiva aplicacion:

Guardias, que la conduzcan á su aposento!

« ¡Cuánto siento no tener todas las gracias de espíritu ligero para introducir en vuestra soledad la más ligera de todas las ruercas! Es bonita, si queréis; pero, además de eso, os es dada por una persona que, cuando está á vuestro lado, quisiera no perderla de vista... Partid, ruercá mia; no hay ironía en decir que os envidio : nada es más cierto. »

Cree uno sentir el soplo de un epigrama de la Antología.

Es inagotable en sus mil rodeos y en sus instancias encantadoras sobre este tema perpétuo; en una palabra, procura enviar á esta ancianidad que se mortifica uno de sus resplandores : « Poco agradezco al sol el que luzca con tanto brillo en mi gabinete cuando vos no estáis en él. »

Hácia el fin logró captarse de tal modo la confianza de su tia que conspiraban juntas para distraer al rey : « Es cierto que prestaríamos un gran servicio al Estado si hiciéramos vivir al Rey divirtiéndole. »

Madama de Maintenon, á pesar de su aire de resistencia no era insensible á tanta buena gracia (1). Ora fuese un pequeño impulso del corazón, ora solamente vivo gusto por el talento, tenía un flaco hácia esta sobrina que no mostró hácia ninguna otra, la llamaba su *verdadera sobrina*, y sobre todo después de la muerte de Luis XIV, se la ve inclinarse á ella con sólida amistad. Ciertó

(1) Madama Des Ursins, en sus Cartas á madama de Maintenon, no había cesado de realzar el mérito de su *amiga*, desde que esta volvió al lado de su tia; varía sus encomios en todos los tonos : « Nada tiene de fingido y es además tan amable por su ingenio como por su figura... Encontraríais en ella recursos infinitos, pues nadie tiene más talento ni es más divertida sin ninguna malicia. » Madama de Maintenon se confiesa al fin casi vencida : « Es verdad que me avengo mejor que en otro tiempo con madama de Caylus, porque me parece corregida de la terquedad que tenía por el jansenismo, pues es difícil estar á gusto con los que piensan de distinto modo que nosotros : su rostro es siempre agraciado, pero tiene un talle que la desfigura mucho; por lo demás no veo aquí ninguna mujer *tan razonable como ella*. » (Carta á madama Des Ursins, del 26 de agosto de 1714.)

es que madama de Caylus es tan perfecta á la vez que tan respetuosa y tan familiar; sabe tan bien la medida que es menester guardar al escribirla, hasta qué grado ha de informarla de las tristes noticias del mundo, las verdades desagradables que no conviene ocultarla y aquellas sobre las cuales es inútil extenderse; sabe tan bien en fin ser seria sin detenerse á pensarlo, que la escribía madama de Maintenon (1716) : « No os digo nada de la belleza de vuestras cartas, porque os parecería adulatora, y á mi edad no es menester cambiar de carácter. » Nos formaríamos no obstante de madama de Caylus una idea un tanto más seria de lo justo, si nos atuviéramos á sus cartas. Al escribir á su tia (¿hace falta advertirlo?) se presenta sin hipocresía, pero por su aspecto más uniforme y mesurado. No deja ver indudablemente más que la mitad de su vida. En su casita del Luxemburgo, aislada y campestre, adonde no se llegaba sino dando un rodeo como en una aldea, se deja ver al día siguiente de las grandezas de Versalles casi como una arrendataria retirada :

« Es una delicia el levantarse temprano; miro por mi ventana todo mi imperio y me enorgullezco al ver bajo mis leyes doce gallinas, un gallo, ocho pollitos, una cueva que convierto en lechería, una vaca que paca á la entrada del gran jardín por una tolerancia que no será de larga duración. No me atrevo á suplicar á madama de Berry que tolere una vaca. ¡Ay! ¡bastante hace con tolerarme á mí! »

La duquesa de Berry era aquella hija del Regente que iba á llenar de sus orgías el palacio de Luxemburgo. Aludiendo á ellas dirá en otra parte madama de Caylus en una imagen llena de pensamiento :

« Estoy muy bien aquí, no pierdo un rayo de sol ni una palabra de un seminario (*San Sulpicio*) donde no entran las mujeres; así es como está mezclada toda la vida : ¡á un lado este palacio (*el Luxemburgo*), y al otro las alabanzas á Dios! »

Madama de Maintenon, por buena feligresa que la creyera,

conocia bien sin embargo que esta sobrina encantadora no se habia hecho una reclusa y que recibia amigos de toda especie : « Vos sabéis privaros de los placeres, le decia, pero los placeres no pueden privarse de vos. »

Tal era madama de Caylus, si hemos de formar concepto de ella en vista de algunas páginas donde no se encuentra más que la menor parte de ella ; pero merced al auxilio de testimonios contemporáneos, estoy seguro de no haberle atribuido nada al procurar definirla. Esta primogénita de Saint-Cyr, esta hermana de *Esther*, que no se atuvo sólo á este papel tan dulce, es como la última flor que produjera la época espirante de Luis XIV, y que en nada se resintió de la edad siguiente. Venida despues de las La Fayette, las Sévigné y las Maintenon, distinguida ó cultivada por ellas, al par que ella las admiró, supo no asemejárselas sino para destacarse á su vez, y brilla desde léjos á continuacion de ellas, como la más jóven y más festiva, con su resplandor distinto y su delicadeza perfecta.